

Resolución del Congreso de Stuttgart sobre el militarismo
Séptimo Congreso de la Segunda Internacional, Internacional Socialista, celebrado en Stuttgart del 18 al 24 de agosto de 1907

(Tomado de James Joll, *La II Internacional. Movimiento obrero 1889-1914*, Icaria Editorial, Barcelona, 19176, páginas182-184.)

El congreso confirma las resoluciones de los precedentes congresos de la Internacional contra el militarismo y el imperialismo y declara una vez más que la lucha contra el militarismo no puede separarse de la lucha de clases socialista.

Las guerras que se producen entre los estados capitalistas son habitualmente el resultado de su rivalidad en la conquista de los mercados mundiales, porque cada uno de los estados no se limita a consolidar su propio mercado, sino que trata de conseguir otros nuevos. En este proceso es de la mayor importancia la subyugación de tierras y pueblos extranjeros. Además, estas guerras surgen como consecuencia de la incesante carrera de armamentos del militarismo, que es uno de los principales instrumentos de control de la burguesía y de la esclavización económica y política de la clase obrera.

Las guerras se ven alentadas por los prejuicios de una nación contra otra, que se fomentan sistemáticamente en beneficio de las clases dirigentes para apartar al proletariado de sus preocupaciones de clase, así como de sus obligaciones de solidaridad internacional de clase.

Así pues, las guerras son inherentes a la naturaleza del capitalismo; no cesarán hasta que la economía capitalista haya sido suprimida o cuando la magnitud del sacrificio de seres humanos, y de dinero exigido por el desarrollo tecnológico de la guerra, y el rechazo popular de la carrera de armamentos, desemboquen en la abolición de este sistema.

Esta es la razón por la que la clase obrera, que es la que proporciona en mayor número los soldados y la que realiza los mayores sacrificios materiales, es enemiga natural de la guerra, que se opone a su objetivo: la creación de un sistema económico basado en principios socialistas que hará realidad la solidaridad entre las naciones.

El congreso mantiene, por lo tanto, que es deber de las clases obreras y especialmente de sus representantes en el parlamento, reconociendo el carácter clasista de la sociedad burguesa y los motivos que inducen a mantener el enfrentamiento entre las naciones, luchar con todas sus fuerzas contra el armamento naval y militar, y negarse a facilitar los medios para proseguirlo, así como trabajar por la educación de la juventud obrera en el espíritu de hermandad de las naciones y en el del socialismo, y procurar que tenga conciencia de clase.

El congreso ve en la organización democrática del ejército, en la sustitución del ejército profesional por la milicia popular, una garantía esencial para impedir las guerras agresivas y para facilitar la superación de las diferencias entre las naciones.

La Internacional no puede precisar la forma exacta que debe tomar la acción de clase obrera contra el militarismo en el lugar y tiempo adecuado, porque varía naturalmente en los

diferentes países. Pero su tarea es la de fortalecer y coordinar en la medida de lo posible las iniciativas de la clase obrera contra la guerra.

De hecho, desde el Congreso de Bruselas [del 3 al 7 de agosto de 1891], el proletariado, a través de su incansable lucha contra el militarismo, negándose a facilitar los medios para el armamento militar, y mediante su iniciativa para democratizar la organización militar, ha puesto en práctica las más variadas formas de acción, cada vez con mayor energía y éxito, para impedir que se produzcan guerras o para ponerles fin, y se ha servido de la agitación social provocada por la guerra para conseguir el objetivo de liberar a las clases trabajadoras. Por ejemplo, el acuerdo entre los sindicatos ingleses y franceses después de los acontecimientos de Fashoda para asegurar la paz y restablecer las relaciones amistosas entre Inglaterra y Francia; la intervención de los partidos socialdemócratas en los parlamentos de Francia y Alemania durante la crisis marroquí; las declaraciones de los socialistas franceses y alemanes en la misma ocasión; la acción concertada de los socialistas austríacos e italianos que se reunieron en Trieste para impedir un conflicto entre los dos estados; la intervención de los sindicatos socialistas en Suecia para impedir un ataque contra Noruega; finalmente, la heroica y sacrificada lucha de los obreros y campesinos socialistas en Rusia y Polonia en oposición a la guerra inspirada por el zar, para detenerla y utilizar la crisis en que se encontraba el país en pro de la liberación de las clases obreras.

Todas estas iniciativas testimonian la fuerza creciente del proletariado y su poder para asegurar la paz mediante su decisiva intervención; la acción de las clases obreras será tanto más efectiva cuanto más preparados se hallen sus espíritus para una acción adecuada y cuanto mayor sea el estímulo y la unidad que les garantice la Internacional.

El congreso se declara convencido de que la presión del proletariado podría conseguir el desarme internacional mediante los tribunales de arbitraje en lugar de las maquinaciones de los gobiernos. Esto haría posible utilizar con fines culturales los tremendos gastos de dinero y energía que absorben los armamentos militares y la guerra.

Si existe la amenaza de que estalle la guerra, es obligación de la clase obrera y de sus representantes parlamentarios de los países afectados, con la ayuda de la Oficina Internacional como poder coordinador, hacer toda clase de esfuerzos para evitar la guerra por todos los medios que parezcan efectivos, medios que naturalmente variarán con arreglo a la intensidad de la lucha de clases y la situación política general.

En caso de que a pesar de todo estalle la guerra, es su obligación intervenir a fin de ponerle término en seguida, y con toda su fuerza aprovechar la crisis económica y política creada por la guerra para agitar los estratos más profundos del pueblo y precipitar la caída de la dominación capitalista.